

MARK GREENGRASS

LA DESTRUCCIÓN  
DE LA CRISTIANDAD

EUROPA 1517-1648

PASADO & PRESENTE

PASADO & PRESENTE  
BARCELONA

## ÍNDICE

<i>Introducción</i> .....	17
1. El desmoronamiento de la Cristiandad occidental .....	23
DE LA «EDAD DE PLATA» AL «SIGLO DE HIERRO»	
2. Repoblación humana .....	65
3. Los mundos rural y urbano .....	92
4. Tesoros y transacciones .....	131
5. Nobles afanes .....	155
APREHENDER EL MUNDO	
6. Europa en el mundo .....	185
7. Observación de la Tierra y los cielos .....	220
8. Mantenerse en contacto .....	266
LA CRISTIANDAD AFLIGIDA (1517-1559)	
9. Política e imperio en la era de Carlos V .....	301
10. El cisma .....	353
11. Reacción, represión, reforma .....	401

## COMUNIDADES CRISTIANAS ENFRENTADAS

12. Conflictos en nombre de Dios .....	441
13. La vida entre divisiones religiosas .....	493
14. Las iglesias y el mundo .....	522
15. El ocaso de las cruzadas .....	557

## ESTADOS CRISTIANOS EN DESORDEN

16. Los negocios de los estados .....	587
17. La confrontación de estados .....	644
18. La guerra cobra toda su extensión .....	697
19. Tiempos de zozobra en Oriente y Occidente .....	754

Conclusión: el paroxismo europeo .....	799
--	-----

<i>Agradecimientos</i> .....	809
------------------------------	-----

<i>Bibliografía</i> .....	813
---------------------------	-----

<i>Índice alfabético</i> .....	823
--------------------------------	-----

<i>Índice de genealogías y mapas</i> .....	856
--	-----

<i>Índice de ilustraciones</i> .....	857
--------------------------------------	-----

## INTRODUCCIÓN

David de Vries estaba orgulloso de haber visto mundo. El libro de viajes que publicó en neerlandés en 1655 contaba los seis que había hecho y en los que había conocido el Mediterráneo, el Lejano Oriente, Terranova, el Caribe, Sudamérica y Norteamérica. Nacido en La Rochelle de padres neerlandeses en 1593, fue oficial de artillería, un hábil navegante, un astuto hombre de negocios y un autodidacta que hablaba varias lenguas europeas y mantenía la mirada atenta al mundo que le rodeaba. No fue por su culpa por lo que fracasaron todas sus empresas coloniales: en el «río del Sur» (Delaware; el Hudson era conocido entonces como el «río del Norte») en 1633, en el río Oyapock en Guyana en 1634 y en «Staaten Eylandt» en 1638-43. Sus patrocinadores lo abandonaron, el trato con las poblaciones indígenas era difícil y sufría la hostilidad de empresas competidoras. De Vries sabía a quién debía lealtad. Su *patria* eran los Países Bajos, y en concreto la ciudad de Hoorn. Si hubiera tenido éxito en establecer un «patronazgo» colonial, lo habría modelado al estilo de las haciendas de los ricos terratenientes de Holanda, como parte de los «Nuevos Países Bajos» a los que se solía referir. Era un protestante calvinista y participó en la construcción de la primera iglesia cristiana en la Isla Staten, ahora parte de Nueva York. Entendía el papel de Europa en un mundo más amplio. Cuando desembarcó en San Juan de Terranova en 1620, después de maravillarse por los monumentales icebergs que había visto durante la travesía, enumeró los navíos neerlandeses, vascos, portugueses e ingleses con los que se había cruzado pescando y comerciando en aquellas aguas. Con los ojos ya acostumbrados por su lectura de otros libros de viajes, supo acomodarse a los hábitos de los indígenas locales. Cuando visitó al gobernador de las nuevas colonias inglesas a lo largo del río James en 1640, fue recibido con una copa de vino veneciano y se sentó junto a otro colono inglés que también había estado en las Indias

orientales a finales de la década de 1620. «Le miré atentamente, y él a mí», cuenta de Vries; y escuchó al colono decir que «las montañas no pueden conocerse entre ellas, pero los hombres que salen a conocer mundo sí pueden».

Por sus ropas, su comida y sus modales se traslucía que eran europeos, conscientes de estar en otro continente y de que habían pisado (como decía de Vries) «las cuatro esquinas de la tierra». Su recorrido vital reflejaba los horizontes geográficos más amplios de su generación, las posibilidades y desafíos que esta afrontó, una extraordinaria variedad de contactos y relaciones que ponían en cuestión viejas lealtades y sentidos de pertenencia. Esa nueva percepción de Europa como entidad geográfica, moldeada a imagen de un mundo más amplio, era inconcebible un siglo antes. La sustitución de la vieja noción de «Cristiandad» por la de «Europa» durante el siglo xvi y los extraordinarios cambios que se produjeron entonces es el tema de este libro.

La Cristiandad evoca —como Camelot— un pasado imaginario. En la Edad Media, los términos latinos utilizados (*Christianitas* o *Corpus Christianorum*) indicaban algo distinto: el presente y futuro de un mundo unido por sus creencias y aspiraciones. Esa comunidad de creencias surgió junto con la caída del Imperio Romano en Occidente. Lo que quedaba de aquel imperio era en principio tan solo la porción occidental de un mundo cristiano mucho más amplio cuyo centro quedaba más al este, en el Imperio Romano de Oriente todavía activo (Bizancio); pero gradualmente, y en un proceso de alejamiento mutuo, el cristianismo oriental y el occidental se fueron apartando uno de otro hasta que en 1054 el Papa de Roma y el Patriarca de Constantinopla se excomulgaron mutuamente. Tras aquella gran división, los cristianos latinos quedaron separados de los cristianos ortodoxos que permanecían en el archipiélago griego, los Balcanes y Rusia, constituyendo la Cristiandad occidental.

Durante el primer milenio de cristianismo occidental, la Cristiandad se desarrolló sin ninguna noción elaborada de dónde se encontraba su centro, y por tanto dónde había que buscar su periferia. Existía (tomando prestada la frase de un distinguido medievalista) algo así como una serie de «micro-Cristiandades» unidas como una «cúpula geodésica» compuesta de sectores autosuficientes. El tráfico de «bienes simbólicos» (reliquias sagradas, pero también gente, como los misioneros y santos) llevaba de un lugar a otro el carisma del poder sagrado, y con él los valores y aspiraciones de la comunidad de creencias.

Luego, avanzada la Edad Media, y tras la ruptura con Oriente, la Cristiandad occidental desarrolló una percepción más elaborada del centro y la periferia con el surgimiento pleno de dos unidades geográficas e ideológicas: el Papado y el Sacro Imperio Romano. Sus pretensiones de autoridad fueron forjadas competitivamente por teólogos, juristas, teóricos políticos e intelectuales en una atmósfera de universalismo confiado. Aquel ideal tenía como apoyo las transformaciones económicas del período, el impresionante crecimiento de los mercados y del comercio interregional e internacional, y los matrimonios y alianzas diplomáticas de la aristocracia. La «Cristiandad» era la forma en que los contemporáneos ilustrados de los siglos XII y XIII entendían el mundo del cristianismo latino en Europa occidental.

La Iglesia Católica Romana era el pilar central de la comunidad de creencias del cristianismo latino. Las elites intelectuales de este último se formaron en torno a una lengua internacional (el latín, en oposición al griego) así como un currículum común (centrado en cuestiones de filosofía y lógica tal como las había tratado Aristóteles) y formas de estudio (escolasticismo). Los legados pontificios compartían con los asesores de los príncipes concepciones teocráticas y burocráticas comunes de cómo se recibía, ejercía y legitimaba el poder. Las cruzadas se convirtieron en el proyecto más ambicioso de la Cristiandad occidental. Por encima de todo, el cristianismo latino se expresaba en creencias heredadas y practicadas, proyectadas sobre el multidimensional panorama sagrado preexistente en santuarios, lugares de peregrinación, cultos y festivales. El bautismo era un rito universal de iniciación. Los que no eran cristianos bautizados (judíos, musulmanes) constituían en aquella época, a mediados de la Edad Media, una presencia significativa en los márgenes de la Cristiandad occidental, tolerada precisamente porque *no formaba parte* de la comunidad de creencias. Pero a medida que los reinos cristianos empujaban las fronteras del cristianismo latino hacia el sur en España e Italia, su importancia como fuerzas ajenas ejemplificadoras de quienes no pertenecían a la Cristiandad parecía incrementarse.

La Cristiandad era una construcción reflexiva que se sentía fácilmente amenazada. En realidad, su enemigo más peligroso no era exterior. Sus agentes de poder eran más vulnerables frente a una colectividad diferente y diversa: la de quienes mantenían lealtades particulares y locales hacia aquellos para quienes las aspiraciones conjuntas de la Cristiandad no significaban apenas nada. Dispersos por toda la Euro-

pa occidental, por encima y contra los mecanismos del orden universal del Sacro Imperio Romano (el dominio territorial ubicado en Europa central cuyo título indicaba sus pretensiones de continuidad con el Imperio Romano y una forma temporal de dominio universal) y la Iglesia había miles de aldeas y parroquias, cuyos habitantes solían estar cargados de obligaciones hacia sus señores feudales que los convertían en siervos. A esas comunidades se unían las ciudades, que se beneficiaban de las transformaciones económicas de la época. Se fomentaron sospechas hacia las ambiciones cosmopolitas y la burocracia del orden internacional. Cuanto más aumentaba la disparidad entre centro y periferia en la Cristiandad, mayor era el resentimiento por el tiempo perdido en conseguir permisos desde arriba. Muchos censuraban las exacciones para mantener la Iglesia universal y desconfiaban del pretencioso proyecto supranacional de las cruzadas. Esos sentimientos dieron lugar a disputas o herejías —que constituían un serio problema epidémico— y a partir del siglo XII se hicieron aún más amenazantes en la mente de aquellos a quienes más importaban los ideales proyectados por la Cristiandad.

La confianza en esos ideales se fue desvaneciendo cuando la economía europea se contrajo como consecuencia de la Peste Negra. La servidumbre y las obligaciones feudales se convirtieron en cuestiones contenciosas cuando la gente comenzó a defender los que consideraban sus derechos consuetudinarios. Aunque las creencias y prácticas que la Cristiandad había representado se mantenían, y su paisaje sagrado florecía como nunca, su credibilidad local disminuyó cuando se convirtió en objeto de reclamaciones rivales en cuanto a representar el orden social tradicional. El Gran Cisma de Occidente (1378-1417) también socavó las pretensiones de obediencia universal. La existencia de dos legitimidades papales en disputa dividió a los cristianos entre los leales a Roma y los que apoyaban el papado de Aviñón, estigmatizados por sus enemigos como marionetas en manos de una monarquía francesa subversiva. La disputa acabó en un compromiso, pero dejó como legado un daño duradero para la autoridad moral del papado. También subrayaba los peligros de una alianza entre el localismo descontento y las nuevas fuerzas de la autoridad secular pero no imperial, ya que el compromiso se alcanzó mediante la autoridad de un concilio ecuménico, lo que reforzaba la afirmación (perturbadora para los teócratas y burócratas), ya debatida dos siglos antes, de que un concilio estaba por encima del Papa. Aquella afirmación era una forma radical

de decir las cosas, pero la mayoría de los «conciliaristas» eran moderados. Entendían el concilio como una forma clara de salir de un embrollo, no como un motor para destruir la monarquía papal universal, y todavía menos como una forma de obtener autoridad doctrinal por vías heterodoxas. Sin embargo, aquello fue lo que la Reforma protestante, sucesora implícita del movimiento conciliar, llevó a la práctica.

Así, la cuestión central de la historia de Europa durante el siglo xvi y la primera mitad del xvii era qué le iba a suceder a la Cristiandad: ¿Cuáles serían las instituciones que definían su centro de gravedad, y todavía más, la comunidad de creencias subyacente? Si se destruía la Cristiandad, ¿qué es lo que podría ocupar su lugar? Lo que se produjo fue una sustitución progresiva de la Cristiandad por Europa (definida como una noción geográfica en una relación de distancia con otras partes del mundo). Esas dos entidades diferían fundamentalmente. La Cristiandad reclamaba la lealtad en la comunidad de creencias de los que habían sido bautizados y que se relacionaban de modo acorde con el mundo exterior. Europa, en cambio, no reclamaba una unidad más allá de la masa continental geográfica que representaba y la percepción emergente de la superioridad moral y civilizadora de los diferentes estados y pueblos que la ocupaban. La Cristiandad occidental era un gran proyecto sobre la unidad europea que duraba más de un milenio. Su destrucción, en cambio, fue rápida y total. En poco más de un siglo ya no quedaba de ella más que el recuerdo. Enormes fuerzas llevaron a cabo su destrucción y transformaron Europa. Su interacción mutua es el tema del primer capítulo.